

Un compañero del Vuelo a Vela que junto con otros regresaba de recoger su velero por carretera des de un pueblo de la provincia de Ciudad Real, ya de noche, dirigiéndose al aeródromo de Mora de Toledo y mientras circulaban entre Madrideojos y Consuegra, tuvieron ocasión de ver el paso fugaz de un objeto volante en el horizonte, he aquí como describe su avistamiento.

En el texto veréis alguna expresión en su idioma materno.

Del artículo, en el que se añaden interesantes reflexiones de Jesús, su autor, no se ha podido saber la fecha, pero por lo que cuenta en su escrito pudo suceder en los años 80.

El Artículo:

Un servidor y otros tres acólitos de este deporte que practico, que se llama vuelo a vela, regresábamos en coche una noche de julio hacia Mora de Toledo arrastrando mi planeador de entonces, un Spatz, con el que había tenido el feo detalle de aterrizar a unos 80 Km. del aeródromo, en un campo arado junto a Villanueva del Caudillo.

Esa tarde, después de alcanzar el mítico enclave de La Carolina y al tratar de volver a casa con un molesto viento de cara, se terminó el día ,así que tras volar un rato paralelo a la N-VI Y bajar hasta casi notar el rebufo de los camiones, en vista de que la situación se hacía comprometida, decidí aterrizar.

Elegí un campo que me pareció adecuado paralelo a la carretera, en el que había un hombre labrando con un mulo. Los sobrevolé en mi tramo de viento en cola y aterricé justo detrás de ambos en el momento que llegaban al final del campo y se daban la vuelta. Hombre y mulo frenaron en seco sorprendidos por aquel silencioso pájaro que se había posado en el mismo surco que estaban abriendo.

Tras fijar las riendas al arado, se acercó el hombre corriendo... :

-¿Ha habido heridos?.

-No, todo ha ido bien, le dije mientras salía de la cabina.

El hombre miraba indeciso el velero y, finalmente, me preguntó qué clase de avión era ése. -Es un planeador, he ido hasta La Carolina desde Mora de Toledo...

-Allí tengo yo enterrado a un hermano, afirmó muy serio...

-No he podido regresar a Mora y he aterrizado aquí.

Después de hacerle una obligada síntesis de los principios del vuelo a vela y explicarle que mi aterrizaje, a pesar de las apariencias, no se debía a que se hubiera acabado el aire, nos montamos en una moto que apenas podía con los dos y me llevó al cuartelillo del pueblo donde la guardia civil dio fe, en un documento al portador avalado por la descripción del testigo, de que había aterrizado donde yo les indiqué. Encontrar un teléfono público no fue fácil pero finalmente llamé a Mora y se inició la operación rescate.

Tras eso, un grupo formado por los que habían logrado regresar sin incidentes, se subió en mi coche, enganchó detrás el remolque herrumbroso del Spatz y se lanzó en mi búsqueda según las últimas coordenadas facilitadas de mi posición. La localización les costó un buen rato pero finalmente dieron conmigo casi en medio de la penumbra y guiados por el de la moto. Se desmontó el Spatz y nos despedimos alegremente del hombre y su agradecido mulo pues con todo aquel jaleo se libró por aquella tarde de abrir más surcos.

El precio mínimo establecido de la operación de rescate consiste en invitar a cenar a tus rescatadores, que en general suelen estar dotados de prodigioso apetito teniendo en cuenta la dieta diurna del volovelista a base de agua, manzanas y frutos secos.

y en esas estábamos, después de una copiosa cena de productos manchegos en La Venta del Cojo, cuando circulando en la recta que une los pueblos de Madridejos y Consuegra, un luminoso objeto volador cruzó relativamente bajo sobre el horizonte estrellado describiendo una trayectoria de Este a Oeste, a gran velocidad.

Aunque cubrió un gran trayecto de la bóveda celeste, casi 180°, lo hizo muy rápido, apenas en tres o cuatro segundos, por lo que poco tiempo tuvimos para observarlo.

Las primeras impresiones fueron simples y poco científicas, del estilo de ... "¡Hostil!, ¿qué es eso?" "Collons un ovni" "¡Ondia!". Después, cuando comentamos el caso con más tranquilidad y tratamos de ponernos de acuerdo sobre lo que habíamos visto resultó que cada uno había visto algo diferente. A mí, que era el que conducía y probablemente el primero que lo vio, pues cruzó perpendicularmente nuestro rumbo, me pareció de color verdoso y creí adivinar tras él una pequeña estela. José, que ocupaba el asiento de al lado lo vio rojizo y sin estela, y los de atrás mas bien blanquecino y echando chispitas. No sé si las diferentes dosis de Valdepeñas y morcilla tuvieron algo que ver en la distinta percepción del fenómeno por los observadores, pero podría ser.

En conjunto, a pesar de ser una visión poco común, no impresionó mucho a mis compañeros y si tuvo la virtud de abrir un debate general sobre los ovnis que duró hasta nuestra llegada al aeródromo pasadas las dos de la madrugada.

Fue curioso observar que, en eso como en casi todo en la vida, las opiniones son variadas. Jordi descartaba cualquier participación alienígena en el fenómeno y simplemente lo atribuía al láser de una discoteca. Otro decía que de láser nada, que por esas latitudes no había discotecas con láser, que a lo sumo tenían un farolillo rojo yeso no da para tanto. El tercero en discordia nos informó de la posible existencia de una nueva generación de aviones espías norteamericanos, y según él, lo confirmaba el precipitado rumbo suroeste del objeto sin duda camino de la base de Rota. Yo insistía en que no conocía ningún avión de tono verde fosforito, que dejase estela del mismo color.

Mientras descargábamos el planeador, en medio de la noche, arrullados por el canto indiferente de los grillos, levanté la vista hacia el transparente cielo de la Mancha.

En la profunda oscuridad la visión de millones de estrellas impresionaba, y podía seguirse sin dificultad el rastro brillante de La Vía Láctea que no es otra cosa que la espiral mayor de nuestra galaxia vista de perfil. Se sabe que en el universo conocido existen millones de galaxias como la nuestra, cada una de ellas con millones de sistemas solares y en conjunto billones de planetas. A pesar de todo, en ese infinito cosmos gobernado por las mismas leyes de gravitación, lo que más abunda es precisamente el vacío, la nada. La posibilidad si te lanzan al espacio al azar de tropezarte con algo es de 10 elevado a 21, es decir prácticamente cero, y las distancias son tan enormes, miles o incluso millones de años luz, que muchas estrellas que brillan en el cielo ya hace mucho que se apagaron para siempre. Resultaba difícil, mirando a ese inmenso cielo creer que somos los únicos, pero también resulta difícil imaginar si hay alguien más que pueda llegar a encontrarnos.

Si estos tres, pensé mirando a mis amigos, necesitaron más de tres horas y la promesa de una buena cena para encontrarme a mí, y estaba a solo 80 km. ¿como va a encontrarnos nadie a años luz de distancia, sin saber donde estamos y encima desconociendo la existencia de las morcillas y el Valdepeñas?

Reconozco que no es una brillante reflexión científica pero tiene su lógica. Al día siguiente, una noticia en la prensa local comentaba la visión de un extraño objeto volador sobre el cielo nocturno de Sevilla.

Jordi, comenté, ¡¡tu láser llegó muy lejos...!!